

Armando Pereira. *Amanecer en el desierto*. México: Era, 1996.

Amanecer en el desierto es una alegoría de la soledad urbana, cotidiana. Un desamparo que se transpira a lo largo de las historias, pero que, además, está lleno de confusión y dolor. El autor, Armando Pereira, es ensayista —*La concepción literaria de Mario Vargas Llosa, La (otra) memoria del cuerpo, Deseo y escritura, Graffiti y Novela de la Revolución Cubana*—, y también es autor de otro libro de cuentos: *Ciudad sitiada*.

Amanecer en el desierto no es título gratuito para esta serie de cinco relatos. Es una metáfora que encierra la esencia cotidiana del autor: el movimiento continuo, la transformación. En un principio hablaba de la soledad y de la cotidianidad; aquí radica el valor, el eje conductor de los cuentos, he ahí el valor narrativo de la obra del autor: transmitir la sensación consciente y sensitiva. Podría pensarse que las historias se sostienen por la llamativa violencia y sexualidad reflejada, sin embargo, como mencionaba anteriormente, su valor radica en esa muestra tangible del aislamiento, de esa ausencia callejera, de ese perderse en las calles para olvidar. Callejear actualmente es un lugar común (más común que lugar). Por ejemplo, con respecto a este “callejear” urbano, en “Lectura de cuerpo”, el protagonista, un oscuro catedrático, “abandonado” por Claudín, onírica figura, parece un remedo de personaje policiaco (portador de gabardina en una ciudad que podría ser la Ciudad de México), un anti-héroe —sin serlo— que no va a ninguna parte y se introduce, como por curiosidad, a un café. Personaje que pretende ser “curioso”, quizá sea porque los personajes de todo el libro están solamente esbozados, descritos con trazos breves y rápidos para no detenerse en ellos. El “camínante” decide tomar un café y probar. Pero es sorprendido:

Volviste a mirar la hoja de papel para cerciorarte. Sí, habías leído bien, aquella variante no se incluía en la carta. Levantaste la vista: la mujer, a tu lado, sonreía. Aunque con cierto desdén, evidentemente

esperaba que dijeras que sí. Te hizo seguirla hasta una salita interior donde debías esperar.

[...]

—Haga el favor de quitarse la ropa y esperar en la cama. Enseguida vendrán a atenderlo (12-13).

Pero, aquí, con buen atino, logra transformar ese encuentro sexual en un rito de expiación:

Ahora se alejan arrastrándose [los pasos], te dejan ahí, desnudo, sobre la cama; te abandonan exhausto, vacío de ti, deshabitado, porque se llevan tu cuerpo: desde ahora sólo serás memoria (18).

En “Los visitantes”, el hastío se agolpa en los muebles y en su monotonía y en la de la pareja protagonista. El tedio que nace de los hábitos:

Me das güeva, dice, nunca abandonas tus libros. Parece que sólo pudieras hablar a través de ellos. Dejo el libro sobre la mesa y enciendo un nuevo cigarrillo. No creo que haya otra manera de hablar, digo, y una vez más siento que las palabras me cansan, que sería mejor si la dejara hablar a ella toda la noche (24).

Es en este cuento, en esta inmovilidad dentro de la habitación que la pareja sufre otra transformación. El ambiente se asemeja, poco a poco, al mito de la caverna de Platón: sus vidas son las sombras proyectadas desde su departamento. Se reflejan, sin rostro, en sí mismos. También hay cierto parecido con los personajes de Pirandello: buscan a un autor, una vida.

En “El inquisidor”, el autor se regocija siendo el torturador y el torturado; el verdugo, protagonista de esta historia, esta especie de brazo secular de la policía, para tranquilizar sus penas, tortura a la mujer de su mejor amigo, acaso el único, narrándole cómo fue su muerte:

—No le voy a hacer el cuento largo, porque yo sé que estas cosas duelen. A mí mismo me cuesta trabajo contárselo, no se crea. Si me decidí a hacerlo es porque sabía que usted, más que nadie, necesitaba saber lo que había sucedido con su marido. Y yo también necesitaba hablar de esto con alguien (37).

En este cuento, la soledad, palabra repetitiva, pero que en *Amanecer en el desierto* adquiere forma concreta, no en un hombre ni en una pareja agobiada, se transforma en una soledad-mujer, en una angustia que se

recrea y se funde con el protagonista, que al final deja al lector compadecido por esa pequeña mujer hueca de “esperanzas”:

Es como si de repente los fantasmas que rondaban alrededor de tu muerte, de la incertidumbre a la que me arrojaba la inseguridad de tu muerte, hubiera desaparecido al fin (51).

“Conversación en un diván” es un divertido entremés en el que, a manera de purga, de reflexión, se busca desdoblarse la compleja situación de una terapia psicoanalítica en la que el psicólogo se convierte, en poco tiempo, en parte del subconsciente-consciente del paciente. El paciente no es quien permite la intrusión, es el intruso quien se permite la entrada a la memoria del acomplexado:

—Usted parece haber fumado algo esta tarde. ¿Por qué lo mezcla todo? ¿Por qué insiste en pensar que digo unas cosas por otras? Fue a mí al que le sucedieron, no trate de arreglarlas a su manera (56).

En “Conversación en un diván” no se establece un tiempo o un lugar narrativo, sino que se distribuye en la “conversación” de los actores; no tienen forma, sólo son voces que se entrelazan en el diálogo para dar a conocer la tortura, lo tortuoso de los caminos del inconsciente ¿Será que el autor escribe para vengarse?

“Amanecer en el desierto” tiene algunas coincidencias con historias del género negro, es decir, una historia violenta, un final sin castigo o juicio.

El autor desarrolla un entramado narrativo en el que Andrea, agobiada por el fastidio, enferma con la relación de pareja, decide modificar su vida insípida. Su esposo, Álvaro, un catedrático universitario, más ególatra que pareja, sólo le dedica pequeños tiempos. De hecho, parece que la utiliza para satisfacer sus deseos sexuales.

La historia se desarrolla en un aislado hotel de los Cabos, Baja California, en una zona “invadida” por gringos que sólo vienen a emborracharse. Tan aislados están que parece que ellos son los únicos que hablan español:

—En el hotel, la única mexicana eres tú.

—Españolete de mierda —dijo Andrea y le clavó las uñas en el tejido adiposo que comenzaba a crecerle alrededor de la cintura—. Sabes, no sé por qué me casé contigo (77).

Ella, Andrea, no deja de pensar en su hija Susana y desea relajarse, olvidar un poco el cansancio que produce en ella su pareja; él, sólo piensa en tener relaciones para descansar a su manera, para distraerse de su papel de “catedrático-examinador” de un prospecto a catedrático.

En este espacio hotelero, el escritor vacía sus fobias, se proyecta en sus personajes ambivalentes, se castiga y se recompensa. En cambio, la protagonista “amanece” de nuevo sola, pero con la “esperanza” de rehacer su vida.

Los personajes de Armando Pereira buscan una vida, una razón de ser, un autor que les dé vida.

ÁNGEL EMILIANO HERRERA MAGUEY
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM